SENTIMIENTO ANDALUZ EN LA LÍRICA DE JACINTO MAÑAS RINCÓN

JOSÉ Mª. OCAÑA VERGARA
ACADÉMICO NUMERARIO

Aunque nacido en Tetuán, Jacinto Mañas Rincón es montoreño por vocación y profesión. En la localidad cordobesa ha ejercido como pediatra durante muchos años y allí ha ido creando su mundo particular poético en torno a un tema universal: "La muerte es mi pasión, es mi trabajo", obsesión plasmada en libros como *Poema del río, Doce sonetos de la muerte, Muerte de otro tiempo, Poemas desolados (Episodios primero y segundo), ¿Geografía del corazón?, Libro del corazón, Sonetos del improperio, Pastoral de Corchuelos y otros poemas.*

Jacinto Mañas Rincón ha utilizado los sonetos, las décimas y los versículos para interrogarse sobre las dudas existenciales. El desconcierto, la esperanza incierta y la fe más arraigada emergen en largas tiradas de sintonemas versales que coadyuvan a reflejar estéticamente la alta calidad del poeta. Poesía, en ocasiones, como en *Poemas desolados*, inusual, incontaminada, intemporal, de clara elementalidad para castigo de metafóricos, y de una sincera autenticidad para asombro de modernistas. Juan Bernier lo bautizó como poeta de la desolación y la muerte en poemas de grave hondura trágica e inapelable.

Junto a esta temática capital en la obra de Jacinto Mañas encontramos numerosos poemas en los que exalta a la tierra andaluza con un profundo sentimiento de solidaridad y admiración. Recordemos *El cronicón de Montoro*, libro originalísimo, irrepetible, básico para la historia poética de Montoro y sus alrededores. Cuatro aspectos sostienen la atmósfera lírica del texto: una vertiente anecdótica, otra lírica, otra intimista y otra humorístico-sarcástica. La sombra de Antonio Machado y de Antón de Montoro deambulan por el libro, ofreciéndonos una visión local personalísima. El autor afirmaba lo siguiente del citado libro: "Crónica de las explosiones y temblores habidos en la ciudad de Montoro, en el año de gracia de 1986, con motivo de volcán o terremoto".

Jacinto Mañas nos lega una visión personalísima de Montoro, ciudad que lo honró con el título de Hijo Adoptivo. No sólo nos ofrece las notas orográficas del terreno, sino que el poeta nos presenta los rasgos capitales de la población querida y el recuerdo de estimados amigos.

En *Terra nostra. Libro de canciones*, de nuevo vuelve el poeta a recordar aspectos luminosos de Montoro (Estancias para Montoro y Campanas de Montoro): *¡Umbrías y solanas/ primeras del mundo!/ Corregidor; hierros/ recamados, muros/ prodigiosos, piedras/ hacia lo futuro. / Río Arenosillo. / Puente de las ranas,/ prado de los lirios./* Y junto a la evocación de Montoro, el poeta rememora nostálgicamente momentos vividos en Granada, Sevilla y otras ciudades andaluzas: *Granada que en mí granó./ Ay que*

me la desgranó/ la maravilla del aire. / El recuerdo de Sevilla emerge en gráciles octosílabos asonantados: *Para cantarte, Sevilla, / para cantarte, quisiera/ ser como tú, alegría/ y azul dorado del prisma.*

Su permanencia en las Facultades de Medicina de Sevilla y Granada le sugieren sonetos de perfecta arquitectura y sincera añoranza del tiempo pasado. Recordemos *Sonetos de Facultad, A cierto profesor de Farmacología* y *Granada, plaza del Seminario*, que se encuentran en el libro *Muerte de otro tiempo*.

Su profundo sentimiento andaluz se manifiesta a través de numerosos recuerdos a poetas, ya desaparecidos, y amigos que compartieron con el poeta sus inquietudes artísticas. Recordemos, entre otros, los poemas dedicados a Antonio Machado, Miguel Hernández, Ángel Calero, Carlos Baudelaire, Francisco de Quevedo, Luis Martín Santos, Ricardo Molina, Juan Bernier, Rafael Pérez Estrada, Mario López, Mariano Roldán, Guillermo Servando y Rafael Osuna.

En el libro *Décimas del 87 y libro de Amaranta*, encontramos una clara exaltación de la Costa del Sol, tan querida por el poeta: *Costa del Sol española,/ costa mejor que ninguna.* Pero será el recuerdo de Málaga el que aflorará en bellas composiciones, donde la nostalgia y el amor se hermanan en bellas tiradas de versos en los que esplende su sincero entusiasmo por la *ciudad del Paraíso.*

"La ciudad marina. (Oda. Canto a Málaga)" está incluida en el libro de poemas titulado *Los lugares y los días, compuesto por el Doctor y Académico cordobés Jacinto Mañas Rincón, famoso por las muy celebradas espinelas que escribió conocidas por el Cronicón de Montoro. Año MCMXCVI. En Málaga, En la Imprenta Sur, Por Rafael Inglada, En la Alameda Principal, Número 30 y VII.* Es la evocación nostálgica de la Málaga que conoció Jacinto Mañas Rincón en sus años de infancia y adolescencia. Los recuerdos infantiles se amontonan en la mente del poeta, que nos lega una bellísima composición en la que los calificativos laudatorios para la ciudad mediterránea se suceden armónicamente en largas tiradas de versos libres, con predominio de los endecasílabos, heptasílabos y dodecasílabos.

Dividido el poema en doce estrofas imparisílabas, en la primera encontramos reminiscencias relativas al río Guadalmedina (*El cauce seco del Guadalmedina)*, al teatro Cervantes, a la calle Carretería y al obelisco entrañable de la Plaza de la Merced:

> *Antes morir que consentir tiranos,*
> Rezaba la inscripción que yo leía
> Sobrecogido, ¡oh tierno miedo de la infancia!

Como es natural, no pueden faltar las referencias a los pescados típicamente malagueños: *barroca cañailla, humilde coquina, ardiente currucante baile del espetón, jurel, boquerón y chanquetes).* Y junto a los pescados, el poeta recuerda variadas frutas que nos evocan escenas eglógicas de Góngora y Virgilio:

> Del interior llegábame el olor,
> el sabor de la fruta moscatel,
> el palmito agridulce del Coronado monte,
> el altivo melón, la portapaz sandía
> y el ácido membrillo.
> ¡Oh el esplendor del trópico, ya el caqui
> de rubor inflamado, la dulcísima miel,
> la chirimoya –siempre la chirimoya-
> precursora del aguacate, el mango!

A continuación, encontramos una breve cita a los vinos malagueños:

> Frigiliana, Competa embriagaban
> su dulzor para envidia del Oporto.

Cual hiciera Mario López, el poeta de Montoro evoca aquellos lugares que él recorrió múltiples veces durante su infancia y juventud: el Parque, la Alameda, el Puerto, la Malagueta, paseos de Reding y del Limonar, barrio del Palo, para culminar

> ...hacia los altos muros de la Alcazaba,
> sus fuegos de artificio, los ojos de mi madre
> que embelesaran a Salvador Rueda.

Jacinto Mañas dirige su mirada hacia la parte occidental de la ciudad. Surgen en su recuerdo la Estación, el barrio del Perchel, la interminable calle Mármoles y la aderezada cuesta de Capuchinos. Y de nuevo resurge la añoranza de las playas malagueñas: Baños del Carmen, Apolo, playa de la Farola y el merendero de Antonio Martín, en la actual glorieta dedicada al pintor Pablo Ruiz Picasso.

Frente a la miseria de los años de la posguerra se levanta el entusiasmo de los que encontraban en las ferias y verbenas el contrapunto necesario para mitigar los dolores, los sinsabores de la vida:

> Había una larga historia de fiebres tifoideas
> y un cúmulo de hambres, es triste recordarlo,
> como males del siglo.
> Vital un contrapunto, de ferias y verbenas,
> los pálpitos tensaban, de gentes indomables
> duchas en el hartazgo de contemplar el mar,
> y anclado persistía, para soñar despiertos
> el Málaga Cinema por la glorieta airosa
> de gafas y pasteles, Plazuela del Carbón.

La piqueta demoledora de la llamada civilización y progreso ha hecho desaparecer muchos de estos centros impresos en la mente infantil del poeta. Sin embargo, nadie ha podido eliminar el encanto de los cantos populares que esplenden jubilosos en las tabernas de los barrios, calle de Granada o en las ventas y mesones de la sierra malagueña:

> El verdial -verde pasto de los montes-
> desparramábase sobre los aledaños
> del Perchel y la Trinidad gloriosa,
> y eran los ojos negros de La Trini,
> del Canario, sobre todo en los grandes ojos ciegos
> de Juan Breva, quienes elevaban
> hasta la cúspide de los altares
> los estertores de la malagueña.

Las últimas estrofas rezuman el encendido entusiasmo, cariño y admiración por una tierra que conoció sus correrías infantiles y los sueños de la adolescencia. El poeta

aspira a terminar sus días sumergido en el piélago profundo de sus orillas, junto a la sal rugiente de sus aguas en las que espera recibir el homenaje de sus ornadas cresterías.